

silueta de un vapor cruzando al largo, ó de una lancha pescadora. Gustaba especialmente de los sitios bravíos, en que la huella humana desaparecía por completo, porque en ellos sentía un reposo profundo que le arrastraba al olvido de todas sus preocupaciones. Dando la vuelta á los picos, divisaron tierras nuevas, valles alegres, en cuyo fondo brillaba el blanco caserío de algunos pueblecitos; y aunque don Jaime propuso ir á ellos, Juan se negó, alegando que se encontraba muy bien allí, en plena Naturaleza, porque el espectáculo humano no le ofrecía novedad alguna.

Sin embargo, había momentos en que el recuerdo de Andrea y el de las excitaciones á los labriegos de Villamar volvían nuevamente á su memoria. Este último le era en particular doloroso. No quería pensar en ello; lo rechazaba indignado como cosa molesta que le amargaba los placeres del espíritu; pero el recuerdo seguía trabajando interiormente, y una noche, al retirarse á descansar, se sorprendió él mismo formulando, sin darse cuenta, esta pregunta dirigida á don Vicente:

— ¿Qué pensarán de mí en Villamar? ¿Me pondrán un farsante?

Era la idea que le perseguía desde que salieron de Ronesa.

Don Vicente contestó, afectando no dar importancia á la cosa:

— Ya les hice saber lo que convenía. Soy yo ahora quien gestionará el asunto, y confían en mí.



XLVIII

Al llegar el quinto día de su retiro en Benisala, Juan empezó á advertir en él como una reacción. No sabía si era el cansancio producido por las mismas impresiones repetidas que iban perdiendo la poderosa fuerza de su novedad; ó si la insistente y profunda contemplación de lo externo en que se abismaba horas y horas, había concluído por llevar al espíritu á un inconsciente trabajo de introspección, en que, sin querer, atendía cada vez más al eco que en él despertaban las imágenes, á la reflexión sobre éstas, abandonando su origen exterior que fué, al principio, el que dominaba. Y por un efecto natural de esta reclusión en sí mismo, fueron resucitando poco á poco las ideas antiguas, evocadas por misteriosas asociaciones con lo presente que, de momento en momento, perdía su influencia. Procuró Juan reobrar contra esto, inventando, de acuerdo con don Jaime, nuevas excursiones que excitasen la corriente de ideas que le convenía sostener.

El temporal había cesado y el mar volvía á estar tranquilo, de un azul profundo que en las proximidades de la costa se convertía en verde, de una transparencia cristalina. El señor de Selfa propuso ir á la isla después de comer. Don Vicente, que se mareaba con facilidad, prefirió quedarse en tierra y tuyo alguna vacilación para dejar que fuese Cristóbal. Pero al fin, consintió y los expedicionarios se dirigieron á Benidacar, donde don Jaime tenía fondeada la balandra.

Al atravesar la calle que iba al puerto, se les acercó un hombrecito que salía de una tienda de vinos. Era casi un enano, algo torcido de cuerpo, antipático á primera vista; pero su cara revelaba una inteligencia despierta, en que la nota de la astucia parecía la dominante. El señor de Selfa se apartó unos pasos con él y cuchichearon unos minutos. Luego, el hombrecito se marchó, saludando cortésmente.

La travesía fué feliz. La isla estaba algo más lejos de lo que aparentaba estar, y para abordarla hubo que salir de la ensenada que se veía desde Benisala. Una vez fuera, apareció la línea de la costa, prolongándose en sinuosidades constantes hacia el Nordeste y el Sudoeste. El panorama era espléndido, y aumentó en belleza cuando desembarcaron. Cristóbal y el marinero que les acompañaba se dedicaron á coger caracoles y lapas, mientras don Jaime y Juan subían al promontorio de la isla, para abarcar más horizonte.

De pronto, don Jaime se paró y, con cierta cor-

tedad, como si le costase mucho iniciar aquel tema, dijo:

— ¿Ha reparado usted en ese hombre que me habló en Benidacar?

— Sí — contestó Juan. — ¿Quién es?

— Un zahorí famoso. No es del país. Viene de la ribera del Segura. Tal vez haya usted oído hablar de él: Perpiñán; de origen francés, creo.

— Es la primera vez que oigo ese nombre.

— Bueno. No importa. Lo que yo quería saber es esto. ¿Puede ser que un hombre adivine, sin cavar la tierra ni hacer otras obras, dónde hay agua?

Juan quedó perplejo ante esta pregunta, completamente inesperada.

— ¡Hombre! no sé... No tengo estudios... — balbuceó.

— Usted tendrá que dispensarme, don Juan — interrumpió don Jaime. — La cosa me importa mucho. Necesito más agua de la que tengo para desarrollar mis planes de cultivo. Además, como ya indiqué el otro día, el Ayuntamiento de Benidacar va tras quitarme parte, quizá todo el manantial que ahora disfruto. Una injusticia, señor; pero la están urdiendo muy finamente. Yo, como no tengo fe ninguna en el papel sellado, quiero prevenirme, y pensé en alumbrar aguas, si las hay en mi terreno. Me hablaron de ese zahorí, por cuyo consejo van á abrir un pozo artesiano cerca de Levantina, y le escribí que viniese; pero no me gustaría, ya comprenderá usted, gastar dinero con

un farsante. Por eso quería saber la opinión de un hombre de estudios como usted.

Calló don Jaime, esperando que Juan dijese algo; pero Juan callaba también, presa de una agitación especial. Las palabras del ex-marino habían herido dos cuerdas sensibles de su alma. La cuestión de los riegos volvía á surgir ante él y, complicado con ella, un caso de injusticia que, partiendo de un organismo administrativo, veía como segura. Atento á esa renovación inesperada de las preocupaciones que en Villamar le atrajeron, Juan se olvidó por un instante que el señor de Selfa aguardaba una contestación. Pero don Jaime, que no podía sospechar la causa de aquel silencio, creyó que obedecía á falta de datos bastantes para formar juicio, y acudió al punto con minuciosas explicaciones del embrollo que le tenían preparado, más bien que por interés público, por el particular del alcalde, mozo listo en eso de aprovechar las ocasiones. Salieron á relucir todas las envidias y miserias aldeanas, todos los chismes de vecindad, más duros y violentos en el campo que en las ciudades, y el tejido de injusticias con que van urdiendo las pasiones humanas, bajo la capa del caciquismo, la vida cada vez más triste de los pobres labriegos y de todo el que se niega á entrar en el molde común.

Juan escuchaba sintiendo que cada una de aquellas noticias, cada una de aquellas quejas, exageradas quizá, aunque á él le parecían exactas, era como un excitante, como un revulsivo que iba

caldeando y enfebreciendo la protesta fácil de su corazón, dispuesto siempre á la lucha contra las maldades de los hombres. Y de pronto, estalló todo lo que llevaba comprimido en el fondo del alma, todas las tendencias congénitas de su carácter que, como un resorte que de repente queda libre, recobraba con ímpetu su posición natural. Olvidando el paisaje y sus bellezas, lo apacible y sosegado del sitio, la soledad sedante de aquella isla inhabitada, se dejó invadir por el apasionamiento de temas que, de un modo tan inesperado, se ofrecían á su consideración; y enfrascóse con don Jaime en un examen minucioso de ambos casos, haciéndose contar los antecedentes, pidiendo pormenores, penetrando el problema más y más, tronando desde luego contra la raposería de alcaldes y concejales que no dejaban vivir en paz á los ciudadanos honrados, y prometiendo armar un escándalo de padre y muy señor mío si se atrevían á ejecutar sus amenazas. El señor de Selfa maravillóse de aquel súbito calor con que el forastero tomaba sus asuntos; y agradeciéndoselo profundamente, atizaba el fuego, sin darse cuenta de lo que hacía, arrastrado por el interés de su conveniencia.

Desde aquel momento cesó de haber para uno y otro mundo exterior. No vieron nada, no gozaron de nada; y al desembarcar nuevamente en tierra firme, todavía iban dándole vueltas á los dos asuntos enlazados, que por muy distintos motivos les preocupaban.

Cuando llegaron á Benisala, lo primero que

don Jaime hizo fué buscar á don Vicente para expresarle todo el entusiasmo que sentía por la generosa ayuda de Juan. Y quedó confundido, anonadado, cuando, apenas explicada la cosa, oyó que don Vicente decía con acento de profunda tristeza:

— ¡Ay, amigo mío, no sabe usted el mal que acaba de hacernos!

■■■■■■■■■■

EPÍLOGO

El tren estaba á punto de marchar. Los mozos de estación iban cerrando las portezuelas, y don Vicente tuvo que bajarse, después de dar un abrazo á su sobrino. No podía ocultar el anciano su profundísima emoción. De pie en el andén, levantando la cabeza hacia la ventanilla á que Juan se asomaba, repitió:

— Todavía estás á tiempo. Vuélvete conmigo á Ronesa.

— No, tío — contestó Juan, dejando traslucir en el tono de su voz la tristeza que le embargaba. — Sería inútil. Ya ha visto usted que pueden más las condiciones de mi carácter que los remedios aplicados.

— Te engañas, te engañas — afirmó el anciano. — Haces mal en precipitarte. La Naturaleza es infalible. Acaba por curar siempre. Es cuestión de tiempo, de constancia...

— Para los que llevan en el fondo de su espíritu el germen del reposo, sí — contestó Juan. —

Para los inquietos como yo, no. La más leve cosa turbará siempre nuestro sosiego.

— ¡Pero ese Madrid te va á matar!

— ¡Quién sabe! Tal vez, para los que son como yo, la vida es la lucha y el descanso la ilusión de los instantes de desfallecimiento.

Silbó la locomotora y el tren empezó á deslizarse sobre los rieles. Asomado á la ventanilla, Juan vió cómo, con creciente rapidez, iba achicándose la mole de la estación, con su montera de cristales enrojecidos por el sol poniente. Vió repetirse en el horizonte que se alejaba las mismas imágenes que había ido descubriendo al acercarse á Levantina. Huía el mar, cada vez más oscuro; huían los montes, que le hicieron pensar en Ronesa. Era un irrestañable fluir de cosas que iban quedando atrás, desapareciendo, fundiéndose en las nebulosidades de las lejanías, y á las cuales faltaba el color de la esperanza que las embelleciera meses antes. Todo volvía á repetirse, pero en sentido contrario, con significación bien diferente; y á medida que los paisajes levantinos se alejaban y el tren subía, anheloso, á la meseta manchega, en el alma de Juan fundiase poco á poco la amargura del desengaño ante la fiebre producida por la evocación de las luchas á que volvía con nuevos ímpetus.

